

EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

ADMINISTRACION, SAN JOSÉ 171 (altos)

NUMERO SUELTO

SALE TODOS LOS DOMINGOS

20 CENTÉSIMOS

SUSCRIPCION MENSUAL

60 CENTÉSIMOS

NO SE ADMITEN SUSCRIPCIONES DE MEDIO MES

A los suscritores y agentes

Esta Administracion estará abierta todos los dias desde las 8 de la mañana hasta la 1 de la tarde.

CONTENIDO DEL NÚMERO 25—Cosas orientales—La carta de don Fortunato Flores—El busto del Coronel—Cosas de negro.

Cosas orientales

Carta de un miembro del «Tiro Nacional», que sale de Buenos Aires huyendo del peligro, dirigida a otro miembro del «Tiro Nacional», que se quejó ante el puesto del deber.)

Montevideo, Junio 18 de 1880.

Mi querido amigo:

Llegué con toda velocidad y felicidad á esta hermosa, conocida por unos con el nombre de reina del Plata, y por otros con los de nueva Troya y ciudad de San Felipe y Santiago. Me parece que el segundo nombre es el que le conviene bien, suprimiendo el adjetivo, que hoy es reina sin esclava y es más racionalista que católica.

El nombre de Troya sí que le viene de perlas al villorio á que he llegado *huyendo de la guerra*, porque actualmente es una Troya antigua ó en escombros, que es igual, si nos referimos al espíritu de sus moradores ántes que al hecho material de que se encuentre en ruinas.

Uno son las cosas que más han llamado mi atención en Montevideo: que haya tanta basurita en sus calles y tanta gente de galones en los paseos públicos. Fácil sería poner remedio al primer mal señalado, y con una buena municipalidad quedaba arreglado todo.

En cuanto al segundo mal, ya es más difícil curarlo, y su curacion no la haria ningun municipio ni un gobierno como el de ahora, que

segun entiendo se complace en aumentar el número de los jefes, que alcanzan poco ménos que al de los soldados de la guarnicion, si es que no son más que éstos.

El pueblo sí que podría curar radicalmente la llaga del militarismo, que irá consumiéndose poco á poco á esta desgraciada República; pero aquí no hay pueblo, en puridad de verdad, sino una agrupacion de individuos que solo se ocupan en comer y beber, sin pensar en el porvenir de la patria, salvo rarísimas y honrosas excepciones.

Los militares de acá tienen mucha semejanza con los jefes y oficiales provincianos, y al principio los tomé por naturales de San Luis ó de Catamarca. En su actitud, su marcha y sus modales, no muestran nada de guerreros, y les sobra mucho de *compadritos*. No creas que exagero, ni tampoco que hablo por espíritu local.

Sabrás que tuve el gusto de conocer, aunque de vista, al Presidente *constitucional* de esta República, y de la manera más graciosa, atendidas las circunstancias. Hallábame sentado con un amigo en uno de los bancos de la plaza Independencia, cuando acertó á pasar por enfrente de nosotros un hombre alto y tieso, de rostro avinagrado y molletudo, color cetrino y patilla entrecana.

—Ese es un personaje, me dijo la persona que me acompañaba—Y quién es? le pregunté.—Adivine, me respondió—Es algun ministro de Estado?—Mucho ménos—Algun jefe político de campaña?—Ménos aún—Tal vez un representante, un senador?—Todavía ménos—Un comisario de Policia?—Ménos y ménos—El superintendente de palacio?—Cerca le anda—Pero quién diablos es? Sáqueme de la curiosidad, repliqué ya impacientado.

Entónces mi amigo, riéndose á carcajadas, contestó—Ese caballero de capa y sombrero, de capa no, que ya ha dejado de usarla, es... el Presidente *constitucional* de la República, doctor don Francisco Antonino Vidal. Y al concluir su respuesta comenzó á reir nuevamente.

Ya ves el concepto que les merece á los orientales el Presidente constitucional y colorado, pues debo prevenirte que el doctor Vidal tiene á honra el titularse Presidente constitucional y colorado. Ya ves qué concepto les merece á los orientales, cuando le comparan con el superintendente de palacio, que es algo más que un portero á mi juicio.

Y la culpa de todo se la tiene el doctor Vidal, que es el hombre más bueno de los nacidos y por nacer. Para que te formes una idea de su bondad, te referiré lo que me han contado, y es una escena que pasa todos los días en el palacio de Gobierno.

Llega al despacho presidencial un ministro, verbi gracia el de Hacienda, y le dice—Señor Presidente, opina V. E. que hagamos esto ú aquello?—Soy de su dictámen, señor ministro. En seguida se presenta el de Relaciones Exteriores—Señor Presidente, dice, no piensa vd. que debemos cambiar este ó el otro cónsul?—Pienso lo propio que vd., señor ministro. Se aproxima despues el de Gobierno y exclama—Conviene que se adopte tal medida. ¿Está vd. conforme, señor Vidal?—De todo punto, amigo don Eduardo.

Por fin aparece el ministro de la Guerra, que es el Cabrion de este segundo Pipelet, y poniéndose en jarras chillá:—Quiero que se nombre este cónsul y este jefe político, y se tire tal ó cual decreto—Es que se ha convenido en lo contrario—No obstante, yo lo quiero, señor Presidente—Si es cosa de enojarse, no me opongo, señor ministro, responde el doctor Vidal bajando la cabeza, y se hace lo que le ha venido á las mientes á S. E. el coronel Santos.

El Presidente de la República daría un ojo de la cara por no malquistarse con ninguno de sus ministros, y sobre todo con el de la Guerra, porque comprende los resultados que sobrevenirían. Y la escena que te he referido y que pasa diariamente en el palacio de Gobierno, según aquí se murmura, no prueba que don Panchito es la bondad personificada?

Ahora dos noches estuve en el Congreso, esto es, en la Cámara de diputados, donde se discutía un proyecto de ley sobre Instrucción pública. Tenía la palabra un doctor y cura, don Mariano Soler, que suele hacer bostezar á los espectadores.

¿Qué diferencia entre la Cámara oriental y el Congreso argentino! Qué diferencia entre los tribunos de la patria grande y los tribunos de la patria chica! ¿Crearás que el mejor de los oradores de acá no llega á la suela del zapato del peor de los oradores de allá?

Los nuestros son tribunos hasta en la acción y en el gesto, y los uruguayos parecen porristas hasta en el gesto y la acción. Aquellos se expresan con fuego, cultura, inspiración y elocuencia; estos se expresan con tal languidez y bochorno, con tanta monotonía, que se asemejan á máquinas parlantes. Y todos son sacados del mismo patron. No hagas equívocos.

Eso sí, son muy desconfiados y quisquillosos, como te lo demostraré el caso que voy a relatarte. La noche que asistí á la sesión de la Cámara, fui acompañado de un amigo y colega patriota, quien, en lugar de oír lo que debatían los legisladores, se puso á mirar el techo y los muros laterales del salón, que están cubiertos de pinturas churriguereñas y de adornos de culos.

Disgustado de la inspección, sin duda, mi amigo exclamó de pronto, dirigiéndose á mí:—Vaya unos mamarrachos! Uno de los representantes le escuchó, y dándose por aludido volvió al momento la cabeza hácia mi colega patriota, arrugó el entrecejo y con voz desahogada le preguntó—Lo dice vd. por algunos de nosotros?—Señor, ni lo he pensado, replicó el amigo un tanto confuso; hablaba de las pinturas...

En mi segunda carta te escribiré sobre otras cosas orientales que me han chocado mucho y que se prestan á la sátira y á la risa.

No te olvides de comunicarme diariamente el estado de la cuestión política. Dime también bien si se ha dictado alguna disposición relativa á los desertores del Tiro nacional, si tengo la honra de pertenecer.

Hasta mi próxima.

Mariquita.

La carta de don Fortunato Flores

Timoteo—Ha hecho bien en pedir su separación, porque si nó le hubiesen borrado de la lista militar.

Yo—Á quién, *Timoteo*?

Timoteo—Al señor don Fortunato Flores, por cierto que no es poco lo que expresa en esta carta.

Yo—Qué carta es esa del coronel Flores?

Timoteo—Ya no es coronel, que ha solicitado su separación del ejército y se la ha acordado la Superioridad.

Yo—Sus razones tendría para solicitarla.

Timoteo—Y la Superioridad sus razones para admitirla. El caso es que el señor Flores ha dicho las verdades del barquero al doctor

al y á sus ministros, y á los jefes y á los oficiales y á los soldados.

Yo—Pero qué hay en plata, Timoteo?

Timoteo—Hay que don Fortunato ha dirigido una carta á los redactores de *La Razon*, en que pide de blanco y azul al Gobierno y á la milicia.

Yo—No se dice de blanco y azul, hombre, sino de oro y azul. Bueno es que lo sepas para esta vez.

Timoteo—¿Cómo no se dice de blanco y azul? Entonces por qué lo han escrito los jefes de la guarnicion en el manifiesto que publicaron hace días? Y pues lo dicen unos jefes tan instruidos...

Yo—No has oido que al mejor cazador se le cae la liebre?

Timoteo—De modo que se les fué la mula á los señores comandantes?

Yo—Sí, Timoteo, se les fué la mula en esa y en otras cosas. Pero dejémonos de hablar de mulas y volvamos á la cuestion. ¿Qué contiene la carta?

Timoteo—Aquí está el diario que la inserta. Escuche su merced—«De acuerdo con su propaganda sobre el militarismo...». Habla con los redactores de *La Razon*.

Yo—Comprendo.

Timoteo—Y ya verá como se explica el señor Flores. Continúo—«De acuerdo con su propaganda sobre el militarismo, vengo desde el año 1872 trabajando por la organizacion de la Guardia Nacional, teniendo por base el tiro nacional en la República, durante la época del señor Gomensoro».

Yo—Muy bien.

Timoteo—Y aquí va entrando lo bueno—«En el movimiento de Enero de 1875 le indicaba lo mismo al coronel Latorre, ministro de la Guerra en esa fecha.» Y el coronel Latorre le contestaría probablemente: amigo Flores, apunte para otro lado.

Yo—Es muy posible.

Timoteo—Y ello se confirma en el párrafo que voy á leer—«En Julio de 1876, siendo Gobernador el coronel Latorre, le advertia en su casa que jamas haria la felicidad de la patria por medio de las bayonetas».

Yo—Que las bayonetas, Timoteo....

Timoteo—Ya se encargará el señor Flores de manifestar para qué sirven las bayonetas de las tropas mercenarias. Espere un segundo, amo mio, y permítame seguir la lectura.

Yo—Adelante.

Timoteo—«Ahora en los tiempos que corren, se ha muchos días que al actual ministro de la

Guerra le decía que disminuyese el ejército, y con esas economías organizara la Guardia Nacional, preparando al país para sostener su neutralidad, dadas las emergencias que se vislumbran entre nuestros vecinos fronterizos.»

Yo—¿Proponerle al coronel Santos la disminucion del ejército que le apoya? Pues es ocurrencia original la del señor Flores.

Timoteo—Por qué es ocurrencia original?

Yo—Porque si el ministro se despoja de la fuerza que lo sostiene...

Timoteo—Y la opinion pública, señor amo?

Yo—Precisamente por no contar con ella es que busca el concurso de los batallones. Así es que don Fortunato procedió respecto del ministro de la Guerra, como hubiese procedido un prójimo que viendo á otro con la soga al pescuezo, le hubiera dicho: ¿Quiere usted que le apriete la soga?

Timoteo—Ahora empieza lo gordo—«No es á esos dos mil soldados de línea actuales, á quien quizás toque ser los primeros en formar la vanguardia para defender la honra de la República.»

Yo—Caracoles! Esto sí que es fuerte. De manera que, segun el señor Flores, esos dos mil soldados de línea, tan preferentemente atendidos por el Gobierno del doctor Vidal, no son más que soldados para lucirse en las paradas que se verifican en Montevideo?

Timoteo—Eso se deduce del parrafillo.

Yo—Y no han contestado palabra los valerosos jefes de la guarnicion?

Timoteo—No han contestado palabra.

Yo—Ni siquiera el comandante Aguirre?

Timoteo—Ni siquiera el comandante Aguirre. Y si consignar esas frases no es ponerles de blanco y azul, que venga Dios y lo vea.

Yo—Repito que no se dice de blanco y azul.

Timoteo—Me ha hecho tanta gracia, señor amo! Pero me enmendaré, no sea que los ilustres firmantes del manifiesto me tomen entre ojos.

Yo—Más de lo que te han tomado?

Timoteo—Con su permiso seguiré leyendo—«Porque cuando un soldado despedaza las instituciones en la paz, ama el desorden en la guerra, y entonces viene á ser lo que los militares llaman *chusma* en los ejércitos regulares.»

Yo—Sopla!

Timoteo—Ya vé que hasta califica de *chusma* á los guerreros uruguayos, á esos dos mil guerreros tan bien vestidos, comidos y pagados. Lo que me sorprende es que los comandantes de batallon hayan callado el pico. Por ménos

que eso sacaron á luz una exposicion contra los redactores del diario racionalista.

Yo—Es que tal vez no se han considerado aludidos.

Timoteo—¿De veras? Pues si lo quieren más claro, que le echen agua. Y por si abrigan dudas, allá ván otros piropos—«Tiempo es ya de que cada ciudadano, y más los que llevamos una espada adquirida en sacrificios por la honra y la libertad de la patria...»

Yo—Segun y conforme, Timoteo.

Timoteo—Doblemos la hoja, señor amo, que no es ocasion de discutirlo—«Tiempo es ya de que cada ciudadano, y más los que llevamos una espada adquirida en sacrificios por la honra y la libertad de la patria, aunemos nuestros esfuerzos y digamos al país: El ejército actual no representa las glorias de nuestra patria, ni nunca podrá cimentar la libertad, supuesto que se ha prestado á...»

Yo—A qué, Timoteo?

Timoteo—No lo pone don Fortunato; pero á qué ponerlo cuando la conciencia pública sabe á todo lo que se ha prestado el ejército actual, que no representa las glorias de la patria, ni nunca podrá cimentar sus libertades?

Yo—Eso sí que está más claro que la luz del medio día.

Timoteo—Y sin embargo, los jefes de los cuerpos, chiton!

Yo—Puede ser que hayan comenzado á confectionar otro manifiesto.

Timoteo—Puede ser, pero lo dudo. Peor es menecallo, y en boca cerrada no entra mosca. Y lo qué escribe despues don Fortunato? Oiga, que es sabroso—«El militar de honor tiene por base la abnegacion y el deber, y hoy ¿dónde se encuentran?»

Yo—Que es como suponer que al presente no hay militares de honor.

Timoteo—Como suponerlo? Eso es afirmarlo. Ya veo que su merced quiere tirarme de la lengua. Si el militar de honor tiene por base la abnegacion y el deber, como justamente lo asevera don Fortunato Flores, y hoy no se encuentran deber ni abnegacion en la milicia, qué se deduce, señor amo? Que actualmente no hay militares de honor.

Yo—Esa es lógica pura, Timoteo.

Timoteo—Y á fé que no creia tan buen lógico á don Fortunato, quien concluye así su carta á los redactores de *La Razon*—«Sé de antemano que voy á acarrearle odios, pero encerrado en mi memoria de los mejores dias que he consagrado al ejército, espero tranquilo.»

Yo—Esperará que lo desafien, Timoteo?

Timoteo—Me parece que ni por sueño he pensado en un duelo el señor Flores. Tal vez espere algun desaguisado...algun suceso como el de Beltran...

Yo—No prosigas, que estás prejuzgando lamentemente.

Timoteo—Y qué tal, le gusta la carta?

Yo—Me gusta por la sinceridad y franqueza con que habla don Fortunato, por las declaraciones que hace, y por la claridad con que produce. Veremos lo que contestan los jefes de la guarnicion ó en su defecto el ministro de Guerra.

Timoteo—Cuando éste no se dignó responder á la exposicion del ex-jefe político de Murcia en que era acusado de instigador de crimenes de algo peor todavía, quiere su merced que conteste á una carta en que solamente se le habla de un modo indirecto? Eso es pedir peras al olmo.

Yo—Pero los comandantes de batallon del ejército replican, Timoteo.

Timoteo—Bastante han hecho con dirigir á *La Razon*, que el manifiesto les habrá costado más trabajos que los de Hércules. Y basta insistir.

Dejemos á esos señores
En sus cuadras ó oficinas,
Sacándose las espinas
Que les clavó el señor Flores.

El busto del Coronel

COMEDIA EN TRES ACTOS

Acto 3.º

Despues del 13 de Marzo

La escena pásala en una marmolería

ESCENA ÚNICA

El marmolista, leyendo la carta que le escriben

Ruperto Mamendez

«De aquí á cuatro ó cinco dias
Don Vicente emprenderá
Viaje para esa» . . . ¡Bah!
Como las tribus judias
Que aún esperan al Mesías,
Así yo le esperaré,
Pero sentado, porque
Si le aguardase parado

A ese tuno redomado,
Mil veces me cansaré.

(Leyendo)

«Entonces sacaré el busto
Y le pagaré su importe.»
Quién sacará, pero un corte
De mangas, ó algun disgusto
De prima fuerza, ó un susto
Como el infeliz Zunini,
Serás tú, buen Berretini,
Si en el asunto te engolfas,
Y tú dices: para solfas...
Tan solo las de Bellini.

Estás clavado. Paciencia!
Mejor es quedar clavado,
Que no verse solfeado...
Con garrote y á conciencia.
¿Sobre cuernos, penitencia?
Eso no, ni por asomo—
No nací para eccehomo—
Y Vicente es muy capaz
De untarle á cualquier secuaz
Para que me rompa el lomo.

A mal dar, tomar tabaco,
Dice una frase gallega,
Que á cada santo le llega
Su día, y ese bellaco,
Fse embrollon, ese Baco,
Ya me las ha de pagar;
Y si le hicieran cesar
De prefecto al monigote,
Qué música de garrote,
Berretin, le ibas á dar!

Per la Madonna, y qué bien
Me fumó! Y ahora que al otro
Le derribaron del potro,
Quién me compra el busto, quién?
No me darán ni un viuten
Por el trozo de Carrara,

(Quitando la cubierta del cajon en que está el busto)

¿Y quién no me lo comprara
Si volviera al candelero,
«Queste bravo cavagliero
De respetáble cara?»

(Contemplando el busto)

Qué dos ojos! Los enojos
Están pintados en ellos,
Y erizaban los cabellos
Las miradas de esos ojos.
¡Siempre fijos, siempre rojos,
Siempre sangrientos y airados!
¡Cómo al verlos irritados
Plegaban todos la frente,
El cobarde y el valiente,
Camaristas y soldados!

(Transicion)

Aquí ministros y jueces
Y eseritores han venido,
Que ogaño le han aplaudido,
Por adulacion, con creces.
Pero los que tantas veces
La espina dorsal doblaron
En su presencia, y le echaron
Flores é incienso; á tí, busto,
Miran hoy con ceño adusto,
Y hasta de tí se mofaron.

Así son esos reptiles
Que por Él tuvieron rango,
Porque Él los sacó del fango,
Ó de sus chiribitiles.
Cuando mandaba, serviles,
Cuando caido, insolentes;
Así son esos Vicentes
Cobardes y aduladores,
Que ayer le daban loores,
Y ahora le enseñan los dientes!

Pero me dejo llevar
Por altas filosofías,
Que no son ni de estos días,
Ni ménos de este lugar.
Basta de filosofar,
Y quede el busto encerrado
En ese cajon; clavado
Berretin, y don Vicente,
Burlándose impunemente
Del marmolista confiado.

(Tapa el cajon y rompiendo la carta, dice)

¿Y he de perder los doblones
Que dí por el busto?... Si—
Puesto que han estado aquí
Julepe y sus adulones,
Y ni cuatro patacones
Me han ofrecido por él—
¡Oh! qué decepcion cruel!
¡Oh! qué leccion ejemplar!
Nadie ha querido comprar
El busto del Coronel!!

FIN DEL DRAMA

NOTA— Los que quieran más detalles, pueden dirigirse á la «Marmoleria del Porvenir», situada en la calle de los Andes, entre las de 18 de Julio y San José.

COSAS DE NEGRO

—Quién es aquel hombre alto, seco y con cara de pocos amigos?

—Cuál?

—Aquel que camina por la acera de enfrente, sin mirar á nadie, y más tieso que un garrote.

—Ah! es el Presidente, el representante de la nacion, la imágen de la República.

—Pues más que eso parece la efígie del Crucificado.

—Y cómo lo está S. E.! Le tengo compasion.

—Se ha solicitado permiso para establecer una fábrica de jabon en los suburbios de Minas.

—Ay! si don Francisco toma el tole para su estancia!

—Y qué?

—Que el fabricante de Minas quebrará por no poderle hacer competencia.

—Vaya un disparate.

—Tonto! Es que si el doctor Vidal coge las de Villadiego, llevará más *jabon* que el que puedan producir cuatro fábricas juntas, y como lo repartirá gratis...

—Ahora caigo.

—El fabricante de Minas tendrá que declararse en quiebra.

Noticia de sensacion!

Llegó don Pedro. En el acto

Divulgóse en los corrillos

La noticia, é ipso facto

Dijeron algunos pillos:

¿Conqué llegó el *Incoacto*?

¡Pues coserse los bolsillos!

Diálogo entre un porteño recién venido y un cicerone oriental. La escena pasa en el vestíbulo del palacio de Gobierno.

—Y esos militares que están ahí sentados, son jefes de la República?

—No sea vd. burlon.

—Como los veo tan llenos de oropeles y relumbrones.

—Son soldados del escuadron de Artilleria.

—Pues me parecieron comandantes.

—Encambio, comandantes habrá que le parecerán á vd. soldados, y vayáse lo uno por lo otro.

—*La Nacion* dice que no hay un solo enemigo armado en el país.

—Segun y conforme.

—Como es eso?

—Si se refiere á los enemigos del don Vidal, puede ser que no haya ninguno armado en la República; pero si alude á los de la constitucion y de las leyes, eso es harina de costal.

—Y quiénes son los enemigos armados de la constitucion y de las leyes?

—Los batallones de línea.

—Y sabes que no te equivocas? Si nos vemos al pasado....

—Don Carlos Reyles no puede ser senador.

—Y por qué?

—Porque no sabe leer ni escribir.

—No lo creo.

—He visto una carta de su propio puño, he oido traducir al español un párrafo portugués.

—Y entónces cómo dices que no sabe ni escribir?

—Porque el billete estaba lleno de errores ortográficos y de faltas gramaticales...

—¿De veras?

—Y la traduccion la hacia silabeando como un niño de primeras letras.

—Es posible?

—Ahora bien, un sujeto que incurre en tantas faltas y errores, y que solamente deletrea, ¿cómo leer y escribir...?

—De ningún modo.

—Por consecuencia, don Carlos Reyles puede ser senador.

Un amigo de Canelones nos hace saber que don Mariano Berro puso en pública subasta una bandera oriental, encontrando un licitador que le diese tres pesos por ella.

Muy bien, don Mariano. Y acepte vd. esas coplitas!

Júdas á Cristo vendió
Por unos treinta dineros,
Y la memoria de Júdas
Los hombres escarnecieron.
Berro por treinta reales
Vendió su bandera, y Berro
Debe ser escarnecido
Justamente por el pueblo.

—¡Cuánto lujo gasta la tropa en este país!

—Diga usted cuánto dinero se gasta que la tropa tenga lujo.

—Estará muy abundante el tesoro de la nación?

—Tan abundante, que todo lo que contiene oro y plata, podría caber en las narices del ministro de Hacienda, y aún sobraría lugar.

—El ministro de Gobierno se llama Mac-Eachen ó Manteca?

—Yo le diré, Mac-Eachen es su apellido....

—Ya me lo suponía.

—Pero en virtud de su conducta como ministro, el pueblo le ha empezado á llamar Manteca.

—Que no se le quede el apodo.

—Allá lo veremos.

—Qué se dice de la balandra que robó el vigilante?

—Que está en el puerto de la gran capital del Sur.

—Y de Repetto, qué se dice?

—Que sigue preso en un buque de guerra argentino.

—Y de la mujer é hijos del marinero?

—Que se pasan los días sin comer por faltarle recursos.

—Y del ministro de Relaciones Exteriores, doctor Requena y Garcia?

—Que gana seiscientos pesos mensuales.

—Y ahora qué dirá don Cándido?

—Lo que una vez escribió en *El Ferro Camión*: que si en lugar de ser Presidente don Panchito, lo hubiera sido el coronel Latorre, otro gallo le cantaría al doctor Avellaneda.

—¿De suerte qué?...

—Que por gobernar don Francisco, la *Pensiero* no se halla en nuestra bahía.

—Ni en su casa el marinero italiano.

—Y si gobernára el coronel Latorre?

—La balandra estaría en su antiguo fondeadero.

—Y la familia de Repetto no carecería de medios de subsistencia.

—Y el señor Bustamante no hubiese escrito lo que escribió.

—Y el doctor Requena no sería ministro de Estado.

—Ni ganaría seiscientos pesos mensuales.

—Vea usted la diferencia entre el uno y el otro!

—Quién es aquel jefe de andar tan quebrado?

—S. E. el ministro de la Guerra.

—El coronel don Máximo?

—Sí, señor.

—Vaya un modo raro de mover el talle, las piernas y los brazos.

—Cómo también es ministro de Marina...

—Y ello qué tiene que ver?

—Es que probablemente ha querido imitar á los buques cuando navegan, y por eso se *hamaca* tanto al caminar.

Don Ruperto Fernandez ha renunciado el empleo de oficial 1.º de la Jefatura Política de Maldonado.

¿La renuncia de don Ruperto se parecerá á las de don Vicente Maciel y don Vicente Garzon?

Porque sabido es que las renunciaciones de estos personajes, han sido tan espontáneas y libérrimas como las elecciones de diputados y senadores para la presente Legislatura.

Conversacion entre un transeunte y el mayordomo de una barraca. Este va un poco ménos que corriendo por la plaza Independencia.

—Eh! dónde vas?, dice el transeunte tirando de la blusa al otro.

—Voy al palacio de Gobierno.

—Y á qué?

—A pedir los despachos de comandante de línea.

—Ignoraba que fueses militar.

—No lo soy; pero como me han dicho que están nombrando tenientes coroneles á los mayordomos, corro al palacio en solicitud de ese ascenso.

—Imbécil?

—Esto sí que es bonito. Y por qué me llamas imbécil?

—Porque solamente los mayordomos de estancia son los agraciados.

—¿Esos nada más?

—Lo digo porque han hecho teniente coronel á un tal don Francisco Piris, mayordomo de la estancia del doctor Vidal.

—Y yo que creía... Desgraciado de mí!

—No te desconsueles, hombre, que tal vez llegará el turno á los mayordomos de barraca. Son tantos los ascensos que se tiran, que para todos ha de haber, mentecato. Y vuelve en paz á tu oficio.

—Esto dice *La Tribuna*—«En la plaza Independencia y en cada una de las esquinas, se van á colocar grupos de palmas, por orden superior, costando cada una de ellas doce pesos».

—Más palmas todavía?

—Así tendrá un aspecto árabe la plaza Independencia.

—Diga vd. que se asemejará al desierto de Sahara. ¿Qué otra cosa es la inmensa plaza sino un desierto? Y ahora con los grupos de palmas...

—Pienso lo mismo que vd.

—Ya verá como cuando evolucionen las tropas allí, no ha de faltar algún malicioso que diga:—En todo se parece esta plaza al desierto, hasta en tener beduinos.

—Necesito hablar con uno de los miembros del Gobierno y no sé qué tratamiento darle.

—Llámele Excelencia ó señor ministro.

—¿Ministro ó *menistro*?

—Hombre! y tiene vd. razon. No habia caído en ello. ¿Con cuál de los ministros necesita hablar?

—Con el de Guerra y Marina.

—Entonces dígame señor *menistro*, que lo entenderá mejor.

Se susurra que don Clodomiro Arteaga será nombrado inspector de ciertas oficinas públicas, ó director de los carros de limpieza.

Estamos seguros que sabrá desempeñar satisfactoriamente cualquiera de esos empleos.

—Es verdad que usted ha renunciado la Jefatura Política?

—Yo? Ni he pensado en tal cosa.

—Cómo es eso? Acabo de recibir un telegrama de la capital en que así me lo comunican.

—Que yo he renunciado?

—Sí, señor, y que el Gobierno acepta su dimisión y le agradece los importantes servicios que ha prestado al país.

—Vaya un trago el que me anuncia usted.

—Aquí encaja bien lo de los homeópatas: *similia similibus*, los semejantes se curan con los semejantes.

—Qué quiere usted decir?

—Que ese mal trago que le he anunciado á usted, puede pasar con un buen trago de bebida. Una copa de guindado, don Vicente, y santo remedio.

—Con qué están ascendiendo á los oficiales?

Pues voy á ver al ministro de la Guerra pedirle un grado.

—Y en qué cuerpo ha servido usted?

—En ninguno, pero como soy oficial...

—Es usted oficial y no ha servido nunca?

—Sí, señor, oficial... de zapatero.

—A quién ha saludado vd?

—Al ministro de Hacienda don Juan Peñalva.

—Ese es don Juan Peñalva? ¡Qué fiaca! ¿Clenque está!

—Se desvela tanto por la causa pública?

—¡Qué estampa! Cualquiera le tomara una momia ambulante. Vaya un físico que tiene!

—Y lo peor es que su físico no desdice estado de la pobrecita hacienda.

—Me permite una pregunta?

—Y dos si quieres—Maestro,

¿Dónde van todos los Santos

Cuando fallecen?—Al cielo.

¿No lo dice la doctrina

Cristiana que yo te enseñé?

—Pues oiga vd. lo que anoche

Gritó en la calle un sereno,

Después de lanzar un *ajo*....

—Es la costumbre, chicuelo.

Y qué gritó?—Lo siguiente,

Ni le quito ni le agrego:

«Cuando los Santos espichen,

Irán todos al infierno.

—Me han asegurado que el ministro de Guerra es un hombre muy bueno.

—Sí, señor.

—Conqué no me han mentado?

—No, señor.

—Me alegro por ustedes los orientales.

—Figúrese si será bueno, que ha nombrado jefe de un batallón á uno de sus hermanos.

—Hola!

—Y ha hecho nombrar á otro comisario de Policía.

—¡Caramba!

—Y á otro, inspector del Resguardo.

—Sa así.

—¡Sopla!

—Y á un cuñado, jefe político del Distrito.

—¡Caracoles!

—Y á otro...

—Basta, basta. Y á un individuo de tu especie le tienen aquí por hombre bueno.

—Y claro que lo es... para su sacra...